

mesa. En Castilla pintan historia, con mucha sangre, ceños fruncidos, sombras fuertes, claros vivos. ¿Por qué nuestros pintores no pintan la poesía de la vida al día, la dulzura algo triste del vegetar azaroso, la agitación del trabajo, el hogar lleno de humo donde chillan las castañas?

Fuera de algunos artistas, el arte vascongado no ha brotado aún. ¿Brotará?

En la clase culta de ahí se ha estancado la savia del *jebo*, esa savia que es la única que hará brotar el arte; es una clase que apenas tiene nada de típico. El arte vendrá cuando bajo la costra de cultura bulla y estalle la sangre de nuestros tatarabuelos; hay que ver la vida y la naturaleza en *jebo*, como ellos la ven en sus filosofías de sobremerienda, como ve el paisaje el pobre casero cuando, descansando junto a la laya, se limpia el sudor con el pañuelo de hierbas.

La rudeza tosca de Iparraguirre, la ligera gracia de Vilinch, el donaire del platero de Durango, gustarán siempre más que esas soporíferas leyendas, muy buenas sin duda, muy bien hechas, pero que no cuadran a nuestro carácter.

Hay que dejar a Aitor, a Lelo, a Lecobide, a Jaun Zuría, a las maitagarris, a los arroyuelos mansos, a las tragedias románticas, a la sátira culta de conceptuosidades y juegos de vocablos, y hay que buscar la poesía del sudor, la del humo de las fábricas, la del vaho de las tabernas y chacolíes, la vida del caracol de las siete calles, el drama oscuro que provocó la quiebra de Osuna, la emigración a América, las aventuras del minero, la rudeza de la guerra civil, la epopeya de Zumalacárregui, de Cabrera y de Espartero, la poesía del fanatismo político y la de las grotescas conversaciones de sobremesa (6).

En Alcalá de Henares y en Madrid, mes de noviembre de 1889. Hoja literaria de *El Noticiero Bilbaino*, lunes, 18 de noviembre de 1889.